

HENRY DAVID THOREAU

1817 - 1862

El 6 de mayo de 1862 murió, en los Estados Unidos, Enrique David Thoreau. En verdad, fue la de este hombre una vida digna de ser transfigurada en personaje de novela. No es que él se impusiese una conducta y una filosofía de exhibición para tentar, post mortem, a los biógrafos con fantasía de novelistas. No fue lo que se dice “un poseur”; no fue su propósito llamar la atención; lejos de sus preocupaciones personales el histrionismo extravagante y pintoresco. Fue, en cambio, un artista de la vida; pero su arte de vivir era en él tan espontánea, natural y sincera que hasta en los momentos en que hubo de elevarse al nivel del heroísmo y del sacrificio, su conducta obedecía a un imperativo de conciencia determinado éste por su naturaleza y por su pensamiento, tan singulares la una como el otro. Tenía, en suma, su personalidad. Y los posesivos, en este caso, son necesarios e insustituibles, pues Thoreau era único; no porque quisiese ser singular, sino porque no podía ser de otro modo. No se piense que era un aristócrata, ni mucho menos. Era lo más demócrata que se pueda ser; sólo que su espíritu democrático no se confundía con la vulgaridad gregaria; estaba en las antípodas de lo que hoy consideramos un hombre-masa. Con semejantes características personales, parece innecesario decir que no fue un político en el sentido profesional del término, pero su conducta y su pensamiento, su actividad de escritor y su acción de ciudadano derivaban naturalmente hacia el ámbito social y configuraban

una actitud política que resultaba discordante en la común orquestación monocorde.

Era, evidentemente, un revolucionario, no en el sentido demagógico que suele entrañar la prédica revolucionaria, sino en el sentido ético que suele desdeñar el común de los revolucionarios. En el fondo, era un moralista que llevaba su moralidad a tales extremos ortodoxos que en algún momento merecerá el calificativo de inmoral, denuncia ésta que partirá, como es fácil suponer, de los fariseos, espurias vestales de la “moralina”, usando un término sarcástico creado por Federico Nietzsche. Esto equivale a decir que Thoreau era un espíritu religioso cuya religiosidad era tan vasta y profunda que no cabía en los límites de ninguna iglesia, y llevaba su natural ortodoxia a tales extremos que para muchos creyentes militantes su imagen se confundía con la de un ateo o, cuando menos, con la de un hereje. Por otra parte, su sentido humano de la solidaridad, su espíritu de hombre demócrata intransigente asumía tan singulares tensiones que penetraba resueltamente en los dominios prohibidos y condenables de una rebeldía que él llamaba, a su manera, “desobediencia civil”.

Todo cuanto venimos diciendo no logra ser un retrato de Thoreau; es tan sólo una vaga silueta; un dibujo apenas esfumado, un esbozo lineal de su imagen a la cual faltan, para completarla, el color, los planos, las dimensiones y el paisaje. Faltan un rico, variado y complejo conjunto de elementos indispensables para darnos la exacta sensación de vida de aquel hombre extraordinario. Pero una sensación así, vital, sólo puede darla Thoreau mismo y sólo puede sentirla quien se ponga en contacto directo con su obra escrita y con esa otra obra vivida que fue su paso por la tierra, sus luchas, sus afanes, sus prédicas, sus sueños, sus conflictos, sus pensamientos, artísticamente expresados en páginas de poesía, de prosa poética o de reflexiones filosóficas.

¿Cómo definir una personalidad así? Toda definición ha de ser lógicamente escueta; ha de encerrar en pocas líneas un

contenido humano que fatalmente las desborda. Pero aun a sabiendas de tal insuficiencia, hemos de recurrir a tan precario método para aproximarnos lo más que podamos a su total imagen. Una de las definiciones podría ser la de naturalista. En efecto, amaba la naturaleza. Pero no se ponía frente a ella para gozarla como espectáculo, con absoluta sensualidad visual de esteta o con pasajera emoción romántica. Su actitud era, naturalmente, romántica; pero este romanticismo no se consumía en exclusiva expresión literaria, tampoco en exclusiva observación científica; sino que lo penetraba de tal modo que él se sentía naturaleza, se fundía con ella, se tornaba así elemental, puro, virginal, como la naturaleza misma. En este sentido, era el menos urbano y el menos civilizado de los hombres. No incurriríamos en ninguna paradoja si dijéramos que era tan poco civilizado precisamente porque era demasiado culto. El diálogo con la naturaleza suele ser tan absorbente que las palabras de los hombres parecen banales. Thoreau era un solitario no obstante el círculo de amigos que frecuentaba. No solitario desdeñoso; mucho menos, resentido; compartía su soledad con ese vasto y rumoroso universo de tierra y cielo, de fauna y flora, en cuya atmósfera se sumergía gozándose la plenitud de la vida. Su soledad era, pues, tan aparente como la de quien sólo huye del mundanal ruido. Pero este sensual gozador de la naturaleza era también un filósofo, lo que quiere decir un hombre reflexivo. La naturaleza le sugería ciertas reflexiones, una filosofía del mundo y de la vida; cosa que no constituye una novedad, pues la reflexión sobre la naturaleza está en la infancia de las religiones más antiguas, en el despertar de la ciencia y en el alba del filosofar. Por algo decían los pensadores renacentistas —Galileo, Campanella— que hay que saber leer en el libro de la naturaleza donde todo está escrito. Parece que la mejor manera de leer en ese libro, y en cualquier otro libro, es la lectura en la soledad. La naturaleza tiene, sin duda, infinitas cosas admirables capaces de sugerir infinitas reflexiones a quien aprende el arte de observarla con amor. Pe-

ro entre esas cosas y seres innumerables hay uno que no podía dejar indiferente a Thoreau: el ser humano. Llega un momento en que al filósofo naturalista le preocupa el destino del hombre, su existencia, su suerte. Y no podía ser de otro modo, puesto que Thoreau es también un humanista, no sólo humanista de los libros, a la manera de los del Renacimiento, sino humanista de la vida a la manera moderna. Esta actitud lo convierte en un hombre de acción después de haber sido un hombre de contemplación y de reflexión. En cierto momento de su vida, Thoreau se subleva; abandona su aparente serenidad y su mansedumbre religiosa para indignarse. Y es cuando predica su desobediencia civil. Sobre este aspecto de su conducta y de su obra vamos a detenernos. Porque es en este momento cuando Thoreau se ubica en el plano del heroísmo después de haber estado en el plano de la pureza y de haber gozado los castos deleites de la contemplación poética. El artista se transfigura en ciudadano rebelde y pone su vida al servicio de una misión redentora con sentido político y social. Pero para comprender este vuelco de su personalidad y cuanto camino hubo de recorrer para llegar a este momento de su vida hay que considerar su punto de partida. No olvidemos que a Thoreau también se lo define como individualista. Esta definición es demasiado insidiosa como para usarla sin necesarias precauciones y urgentes explicaciones. El término individualista, como tantas otras expresiones verbales del lenguaje filosófico y del lenguaje político, tiene una larga y azarosa historia. Una historia de evolución, de metamorfosis y también de degradaciones. Palabra que ha conocido épocas de esplendor y de oscuridad, de grandezas y de menguas, de auge y decadencia, alternativamente. Hoy es palabra y concepto venidos a menos. Pero el desdén que suscita en muchos es más producto de la ignorancia que de la sabiduría; es engendro de la confusión, no del sentido crítico. Podemos decir, grosso modo, en trances de rápida clarificación y clasificación que hay dos especies de individualismo: uno genuino, de raíz filosófica y otro bastar-

do de naturaleza política. Este bastardo prolífico es responsable de la confusión y ha echado a perder la nobleza originaria del término. Cuando decimos que Thoreau es un individualista queremos significar que es una personalidad, que es un hombre con mucho empeño en ser dueño absoluto de sí mismo, que lucha por conservar su personal independencia, que cercado por una red de intereses convencionales, de costumbres heredadas, de hábitos mentales ajenos, de leyes escritas y no escritas, prisionero, en fin, de un complejo y agresivo sistema de imposiciones autoritarias abstractas y concretas, se enfrenta contra todas ellas en actitud de rebeldía, en defensa de su auto determinación, de su libertad amenazada. Quiere ser hombre responsable de su vida, dueño y señor de su existencia. Semejante pretensión en una sociedad civilizada y formalista equivale a un lujo difícil de mantener gratuitamente. Es un lujo que ofende por igual a ricos y a pobres, integrantes por igual del disciplinado hormiguero humano. Mosca blanca cuya presencia irrita a las moscas grises multitudinarias que aman la uniformidad y odian por exceso de amor gregario a la excepción atrevida. Para enfrentar con éxito al ejército hostil estando tan solo hay que tener la fuerza de un gigante y el espíritu de un héroe. De ambas condiciones participaba Thoreau: fortaleza y heroísmo. Para dar sentido de realidad a estas afirmaciones tan superlativas hay que ubicar al hombre en su medio y en su momento histórico. Thoreau nace y vive en los Estados Unidos; en un período de vigorosa y optimista expansión industrial y comercial; la nación toda irrumpe en la órbita del capitalismo con imperial señorío; el maquinismo no sólo es una realidad pujante, también es una ilusión, una esperanza hechicera. Se desarrolla una civilización urbana al conjuero de la técnica y del espíritu de empresa. En ese preciso momento de fáustica embriaguez colectiva, Thoreau pone en duda la idea del progreso que ya era un mito, y la otra idea de la evolución ascendente que comenzaba a ser una especie de religión científica. En ese momento histórico, Thoreau da la

espalda al mito triunfante y pregona su adhesión a la naturaleza, su amor a las fuerzas elementales de la vida espontánea. Presiente que el hombre se torna máquina, o pasivo engranaje de una inmensa máquina monstruosa que lo domina anestesiándole la sensibilidad. Cuando Thoreau llega a Nueva York y observa a la gran urbe que se empinaba como un símbolo de la potencia nacional, escribe: "Ayer he paseado por Nueva York y no he encontrado a un solo ser viviente". Lo mismo hubiese dicho Diógenes buscando, en vano, a un hombre entre la multitud afanosa. ¿En qué asienta Thoreau su desdén por la civilización industrial? No en un prejuicio, desde luego. La razón última hay que buscarla en su propia naturaleza; en la raíz está la autenticidad, la razón de ser del árbol. Pero Thoreau no es un campesino inculto, puro instinto desnudo. Es un graduado en Harvard, es un humanista, un pensador y un poeta. Ha dialogado con los clásicos griegos y latinos en sus propios idiomas. La cultura es el humus espiritual que nutre su raíz humana. Le florece, entonces, una filosofía de la vida, una ética, una religiosidad y, desde luego, una conducta coherente con tales presupuestos culturales y naturales. Mucho habría que decir sobre este aspecto de la personalidad de Thoreau; pero tal exposición excede los límites de este esbozo.

Abunda, por otra parte, una buena literatura de exégesis que versa sobre el pensamiento de Thoreau, como abundan las notas biográficas admirativas. Baste, ahora, una referencia que equivale a abrir una perspectiva y a dar una definición: Tolstoy y Gandhi lo proclamaron uno de los hombres-faro del siglo XIX. Decir Tolstoy, Gandhi y Thoreau implica fijar hitos significativos de un largo camino que viene de muy lejos y avanza en el tiempo rodeando a la tierra en un ardiente círculo espiritual que va de Oriente a Occidente señalando muy profundas afinidades. Lo que la geografía separa, la cultura une; podemos hablar de una cultura indo-europea; la comprensión de esta realidad cultural e histórica nos permite fá-

cilmente captar la natural afinidad entre Thoreau, Tolstoy y Gandhi, distantes en el espacio pero tan cercanos en el pensamiento y en la conducta. El publicista Bruce Bliven narra esta anécdota: "Cierta vez tuve ocasión de preguntarle a Mahatma Gandhi de donde había sacado su paradójica idea de resistir no resistiendo. Me miró con sorpresa. ¿Cómo, señor Bliven?, me preguntó a su vez con su voz fina y aguda— Yo creía que todos sabían que la tomé de Enrique David Thoreau"...

No hemos dicho aún que Thoreau fue un artista de la creación literaria cuyas obras son admirables; los críticos más exigentes de los Estados Unidos coinciden, hoy, en afirmar que de su pluma ha nacido la mejor prosa de las letras norteamericanas. Apenas hemos insinuado que fue un naturalista cuyas observaciones de la tierra natal, por donde ejercitaba sus andanzas de lírico vagabundo solitario, constituyen un tesoro inapreciable de hallazgos para botánicos, zoólogos y geólogos. Nos parece aquí muy oportuna una reflexión de Santayana cuando nos habla de Lucrecio, el poeta latino de la naturaleza: "La vida de la naturaleza puede ser tan romántica y sublime como se quiera, pero sería polvo y ceniza si no hubiera en nosotros nada sublime y romántico que nos llevara a simpatizar con ella...".

Nada hemos dicho de sus tribulaciones de escritor novato cuyas páginas no cuentan con editor, y cuando las edita de su peculio nadie las lee fuera de sus íntimos; hasta que finalmente le llega, a él también, el momento de la fama y la consagración tardías. A tal punto que el Partido Laborista inglés adopta su obra *Walden* como libro de lectura... No vamos a detenernos sobre su personalidad literaria; queremos insistir sobre su conducta civil, fijar aún más nuestra atención sobre el rebelde inconformista, mostrar los aspectos prácticos de sus principios éticos, de su filosofía individualista. Pues, como afirmaba Han Ryner, la sabiduría es más un arte de vivir que de pensar. Ya anticipamos que Thoreau no pertenecía a

ninguna iglesia, a ninguna secta, a ningún partido; no estaba con los reformistas, ni con los unitarios, ni enteramente estaba con los antiesclavistas, ni por completo con los filósofos trascendentalistas cuyo maestro era su gran amigo Emerson. ¿Era, acaso, un escéptico? ¿Un egoísta encerrado como la tortuga en la dura caparazón impermeable de su yo soberano? Nada de eso. Era un hombre, nada menos que todo un hombre, como diría Unamuno. ¿Pero qué es un hombre? Desde la definición de un bípodo implume hasta nuestros días, cuántas definiciones ingeniosas, graves o humorísticas han sido elaboradas para definir lo que es un hombre; las hay para todos los gustos. Mas en tratándose de Thoreau, nos place acudir, una vez más, al maestro Han Ryner; entre otras razones, porque hay ciertas afinidades de vida y de pensamiento entre el cínico francés y este individualista norteamericano. En un diálogo entre Epicteto y un pretor romano que lo acosa con su orgullosa autoridad de funcionario cesáreo, Han Ryner pone en boca del filósofo estoico estas palabras: “—Tú no eres un hombre”— le dice al pretor. Y éste responde sorprendido e irritado: —“¿Qué dices, deforme cojo?”. A lo que Epicteto serenamente responde: “—Un ser a merced de todos los temores y deseos, un esclavo del miedo y de la esperanza es tan hombre como manzana es una manzana de cera. Tienes la figura y el color de un hombre. Te envanece de tener una forma más regular que la mía; pero la pequeña manzana arrugada tiene un sabor que no posee el pedazo de cera y es en vano que éste se enorgullezca de ser más grande, más redondo y más rojo. El valor es el sabor del hombre. Tú eres insípido, oh, apariencia!”.

Thoreau, el individualista, el presunto ególatra, el solitario, tenía el suficiente valor de la hombredad como para desafiar a César en defensa de la libertad del prójimo, única posibilidad concreta de asumir la defensa de su propia libertad. Pues llega un momento en que se da esta paradoja aparente: el altruismo es la más noble y más eficaz defensa del egoísmo.

Para defender la propia libertad hay que luchar también contra la servidumbre del prójimo, el servilismo colectivo, consciente o inconsciente, es como un mar tenebroso donde naufraga todo personal anhelo de autonomía, pues sobre la ancha base del servilismo se yerguen las columnas deformes de las tiranías. Thoreau no necesitaba enfrentar a César, como Epicuro, por una distancia de siglos; pero hubo de enfrentar al Estado moderno, impersonal organización autoritaria sucedánea de César. En aquel tiempo, había en los Estados Unidos, Estados esclavistas y Estados anti esclavistas. Pero Thoreau no otorgaba, al principio, excesiva importancia a estas distinciones entre el Norte y el Sur de su país. En su ensayo "La esclavitud entre nosotros", decía: "me preocupa más la esclavitud entre los blancos del Norte hacia los prejuicios, la rutina, el salario, que la suerte de los negros del Sur". Es que, pensándolo bien, los negros eran esclavos por la fuerza, víctimas de un heredado sistema de explotación ;en cambio, los blancos eran esclavos voluntarios y, además se creían libres, porque la esclavitud no les llegaba de fuera, sino de adentro, la tenían en el alma. Resulta muy oportuno recordar ahora una observación de Thoreau, una de las tantas sugeridas por sus andanzas campesinas: cierta vez, se detuvo a contemplar el caballo de un molinero; la bestia parecía libre ya de su faena. "A cada paso que da —narra Thoreau— levanta sus patas traseras convulsivamente como si toda la tierra fuese un molino de rueda que se moviera continuamente bajo él, mientras trepa por la superficie convexa". Tras la observación, viene la sentencia: "El caballo lleva la marca de su servidumbre en los músculos de las patas, y el hombre la lleva en la frente". No obstante preocuparle más la suerte de los blancos que la de los negros, según decía, sin duda irónicamente, Thoreau hubo de participar, a su modo, en la lucha activa a favor de los negros. Y esto ocurrió sin él sospecharlo, cuando en su cabaña de Walden cobijó a más de un fugitivo de la esclavitud. La Legislatura de Massachusetts, su Estado de residencia, votó la ley Fugitive

Slave con efecto retroactivo, válida para todos los esclavos liberados que residieran en el territorio del Estado. De este modo, el Estado del Norte se convertía en cómplice de los Estados del Sur. Este episodio, y otros más que afectaban directamente la conducta de Thoreau, convirtieron a éste en trasgresor de la Ley y en ciudadano merecedor de castigo. Fue encarcelado. Luego se le planteó el problema moral de la guerra contra México. Y Thoreau manifiesta su oposición a la conquista. En aquellos momentos escribe: "Cuando un sexto de la población de un Estado que pretende ser el refugio de la libertad son esclavos, y cuando un país entero es injustamente avasallado y conquistado por un ejército extranjero, y sometido a la ley militar, pienso que no es demasiado pronto para un hombre honesto el rebelarse y alzarse contra él". Pero su protesta no se redujo tan sólo a una manifestación escrita como la del ensayo "Desobediencia civil", sino que tuvo una demostración práctica de resistencia pasiva: se negó a pagar los impuestos. Fue nuevamente encarcelado. Emerson lo visitó en la cárcel y le preguntó, quizás formulándole un afectuoso reproche: "—¿Porqué estás, tú, aquí?" Y al punto Thoreau le respondió: "—¿Y porqué no estás, tú, aquí?" Sus amigos pagaron la deuda para que el rebelde fuese liberado; y éste les reprochó tal acto de solidaridad no solicitada. Estas actitudes prácticas de rebeldía y de valor personal no eran reacciones impulsivas frente a circunstancias concretas ocasionales. Traducían, sí, a través de la conducta una filosofía social y una doctrina política. Formaban parte de una teoría general y permanente. Emerson había dicho: "el mejor gobierno es el que gobierna menos"; sentencia de impronta liberal. Thoreau parte de este axioma de su amigo y maestro para llegar más lejos, y acota: "Reconozco de todo corazón el lema: el que gobierna mejor es el que gobierna menos; y sólo desearía verle obrar rápida y sistemáticamente en ese sentido. Llevado a la práctica, ese principio conduce a otro en el que también creo: el mejor gobierno es el que no gobierna en modo alguno; y si

los hombres están preparados para ello, esa será la forma de gobierno que tendrán". Evidentemente, Thoreau se equivocaba, hace un siglo, en su pronóstico optimista. Pues los hombres sólo demuestran estar muy bien preparados, hábilmente domesticados, para gobiernos que cada vez gobiernan más. "Se ha dicho —insiste Thoreau— que América ha de ser la arena en que se librará la batalla de la libertad; pero seguramente no se trata de la libertad en un sentido meramente político. Incluso si convenimos que el americano se ha librado de un tirano político, es todavía esclavo de un tirano económico y moral... Llamamos a este país, el país de los libres. ¿Qué quiere decir libres del Rey Jorge y continuar siendo esclavos del rey Prejuicio? ¿Qué quiere decir nacer libre y no vivir libremente? ¿Qué significa el valor de una libertad política que no es medio para una libertad moral? ¿Es una libertad de ser esclavos o una libertad de ser libres la que queremos?...". Esta es una crítica del liberalismo formal, pero al mismo tiempo una afirmación de la libertad sustancial que ese liberalismo en auge no contenía. Además, este anti esclavista singular no hacía cuestión de raza, de nacionalidad, ni de color, mucho menos de clase, pues tan esclavos de sus respectivas convenciones eran los ricos como los pobres, los poderosos como los débiles. Era anti esclavista integral. Su concepto de la esclavitud iba más allá de las cadenas materiales que aprisionaban al hombre de color, llegaba hasta las cadenas inmateriales que aprisionan el cerebro, el corazón, el espíritu. Emerson, por su parte, solía decir: "Si echáis una cadena al cuello del esclavo, la otra punta se arrolla en torno al vuestro". Pero la imagen plástica de Emerson estaba directamente vinculada al fenómeno de su país; el concepto de Thoreau era mucho más hondo y vasto; su idea y su emoción literarias implicaban una negación polémica del principio de autoridad tomando a éste en un sentido más absoluto. Digamos de una vez: Emerson era la encarnación racional del liberalismo, pero su concepto de la libertad tenía sus límites que lo contenían formalmente en ese

“modus vivendi” característico del liberalismo norteamericano heredero del inglés. El liberalismo de Thoreau, sin dejar de ser racional, era más emotivo, en cierto sentido, lírico, —no confundir con trivialmente retórico—; era un liberalismo que trascendía las formas políticas e institucionales para desbordar hacia dominios de utopía en cuyo ámbito la libertad se daba hasta sus últimas consecuencias. Su individualismo era anárquico, dando a este término su sentido etimológico, no su matiz despectivo con que usualmente lo aplican quienes suponen que negar el principio de autoridad implica caer en el vacío. Claro que afirmar en términos tan absolutos el principio de libertad y de personal autonomía, entraña más que una posición política, una actitud ética de auto disciplina moral cuya observancia práctica exige no pocos sacrificios y una fuerte dosis de heroísmo. Thoreau solía repetir estas palabras de Shakespeare que pronunciadas por otros hubiesen tenido un tono de orgullo aristocrático: “He nacido demasiado alto para ser objeto de propiedad, para ser un motivo secundario de control, o para ser servidor útil e instrumento de ningún Estado soberano del mundo”. Podría pensarse, no conociendo a Thoreau en su exacta dimensión humana, que este poeta de la vida cultivaba una suerte de sentimiento ególatra, una especie de narcisismo intelectual, una sobreestimación de sí mismo. Hay testimonios que certifican todo lo contrario. La novelista Luisa Alcott describe a nuestro personaje en una de sus novelas y dice de él que era “violentamente virtuoso”, y que “obedecía a la ley de su naturaleza tan invariablemente como el sol o el mar”. No era evidentemente ególatra quien decía de sí mismo en un auto retrato: “Mi vida ha sido el poema que hubiera escrito, mas vivirlo y a la vez escribirlo no he podido”. Confesión de humildad y de frustración no del todo exacta. Pues sus escritos son un poema sobre la naturaleza y vivió en leal connubio con ella. Sólo que la muerte lo arrebató a los 45 años y la hermosa columna tronchada nos dice lo que fue y lo que pudo ser con dramática plasticidad, como la

de "La Victoria de Samotracia" que se exhibe mutilada en el Louvre. La breve existencia de Thoreau fue un canto a la plenitud de la vida, de su propia vida inmersa en la bullente vida del universo en cuya fecunda inmensidad la muerte misma es un accidente tan nimio como transitorio. Nadie mejor que él expreso poéticamente este sentimiento de la vida victoriosa sobre la muerte; oíganos sus palabras: "¡ Ah! He penetrado en estas vegas muchas mañanas de la temprana primavera, saltando de colina en colina, de una raíz de sauce a otra, cuando el silvestre valle del río y los bosques estaban bañados en una luz tan pura y tan brillante que hubiera despertado a los muertos si hubiesen dormitado en sus sepulcros, como algunos suponen. No se precisa una prueba más convincente de la inmortalidad. Todas las cosas deben vivir en una luz semejan-te". Thoreau nos habla aquí de una luz que vibra en la atmósfera externa; pero este hombre iluminado tenía muy adentro de sí mismo, en su mente y en su corazón, la otra luz interior que le permitía gozar tan intensamente la externa luminosidad de la tierra. Cuando Thoreau exalta la vida y por lo mismo amengua la importancia de la muerte, nos parece evidente, a través de sus escritos líricos como de sus reflexiones filosóficas, que desdeña todo cuanto implica inercia, estancamiento, marasmo ,tanto en el orden de la naturaleza física cuanto en el orden de la vida espiritual. Tradiciones, prejuicios heredados, costumbres sociales estancadas, hábitos rutinarios, ritos formales, todo cuanto supone existencia ficticia, insincera, superflua, Thoreau lo rechaza y este rechazo, sí, era para él norma de conducta. Pero esta norma adquiría tales características inusitadas que para las almas vulgares resultaba Thoreau un anormal, un excéntrico, "un caso perdido" como llegó a decir en cierta ocasión el mismo Emerson, aunque el gran amigo panía en su frase más afecto comprensivo que sarcasmo.

Lo cierto es que este artista de la vida no gozó de buena reputación como ciudadano, ni prestigio alguno como literato. El editor de su primer libro accedió a publicarlo con la con-

dición de que el autor costease de su peculio la aventura editorial. Además está decir que la empresa fue un fracaso que endeudó al literato novicio. De los mil ejemplares impresos quedaron setecientos sin vender. Thoreau decía a un amigo: “Tengo ahora una biblioteca de cerca de novecientos volúmenes, de los cuales setecientos han sido escritos por mí. ¿No es bueno que el autor contemple los frutos de su labor? Mis obras están apiladas en un rincón de mi cuarto, casi hasta la altura de la cabeza, mi *opera omnia*...”. ¿Para qué insistir sobre este aspecto de la vida del escritor tan común en los de su oficio? La gloria literaria suele ser tardía; a Thoreau le llegó después de muerto. Pero los fracasos no detenían su pluma, no paralizaban su inspirado entusiasmo. Para él la vida era sueño, imaginación, ilusión. “Toda nuestra vida —escribía Thoreau— es decir la parte viva de ella, es un continuo soñar despierto... Debiéramos darnos cuenta de que nuestros sueños son los hechos más verdaderos que conocemos... Los sueños son reales, como lo es la luz de las estrellas o de la luna a la cual suele llamarse *luz de ensueño*... Encuentro que lo real es para mí mucho menos real que lo imaginado. No sé porqué se da a lo primero esa singular prominencia e importancia...”. Gracias a esta poética filosofía de la vida, Thoreau siguió trabajando, produciendo, luchando, soñando. La semilla de aquellos sueños, caída en los surcos fértiles del tiempo, produjo la maravillosa cosecha de su gloria póstuma. Thoreau decía: “Sueño con ser la naturaleza que mira a la naturaleza con la complaciente simpatía conque el césped de ojos azules de la pradera mira al rostro del firmamento”. Y a quien supo mirar con tanto amor al rostro del firmamento, a la plácida belleza inmutable y consoladora de la serenidad infinita, a quien supo poner sus ojos anhelantes en la que podría ser considerada muy alta estancia de los sueños, la posteridad humana, comprensiva, le tributa hoy un florecido homenaje de simpatía, de gratitud, de reconocimiento nunca tardío para quien tuvo tan hondo sentir de la inmortalidad.

Nada me parece mejor que poner fin a estas divagaciones reproduciendo unos versos de Thoreau que tienen el sentido de un auto retrato:

“Había una vez un pastor que vivía
Y mantenía sus pensamientos tan altos
Como los montes donde sus rebaños
A menudo pacían...”.

LUIS DI FILIPPO
Obispo Gelabert 2674, Santa Fe

